

LA GENERACIÓN DE 1915. SU EDUCACIÓN TEMPRANA

JORGE BARTOLUCCI

Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM

RESUMEN: 1915 es el título del ensayo publicado por Manuel Gómez Morín en 1927, en referencia a un grupo de estudiantes universitarios que comenzaron a incursionar en la vida pública mexicana alrededor de aquel año. Además del propio Gómez Morín, entre sus integrantes destacaron los nombres de Daniel Cosío Villegas, Carlos Pellicer, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet, Luis Enrique Erro, Jorge Prieto Laurens, Miguel Palacios Macedo, Octavio Gabino Barreda, Guillermo Dávila, Narciso Bassols, Salvador Zubirán, Alfonso Caso, Vicente Lombardo Toledano, Julio Jiménez Rueda, Brito Foucher y Luis Garrido. Si bien todos ellos son conocidos por sus contribuciones a la política, la cultura, la educación, la ciencia y la política de nuestra sociedad, como generación, poseen un valor sociológico considerable. En todos ellos existió un mismo impulso inefable, una inquietud

peculiar, así como ciertas maneras de entender y valorizar la vida y de plantear sus problemas. Su estudio predice el hallazgo de referencias sumamente significativas para comprender el sentido que sus protagonistas le adhirieron tanto a sus afanes como a sus obras en un período decisivo en la historia de México. En esta ponencia abordaré el ambiente y las circunstancias en las que transcurrieron las experiencias familiares, escolares y sociales que marcaron la infancia y juventud de algunos miembros de esa generación entre el ocaso del siglo XIX y el amanecer del siglo XX. Puesto que el personaje protagónico de la investigación ha sido Luis Enrique Erro, comenzaré con él.

PALABRAS CLAVE: Generación 1915, ambiente familiar, educación primaria y secundaria.

La familia y la escuela primaria

Luis Enrique nació en 1897. Sobre sus padres poco se sabe; apenas tenemos noticias que eran españoles, que su padre se llamaba Luis Erro, originario de la Provincia de Navarra y que su madre, Filomena Soler, era de Cataluña.¹ Ante la falta de fuentes históricas, la novela *Los Pies Descalzados*, escrita por Erro en el ocaso de su vida, ofrece referencias inequívocas sobre su familia que no tiene caso descartar por el hecho de ser literarias. No digo que la novela de Erro sea autobiográfica, ni en todo ni en parte, pero es indudable que aunque presente a una familia distinta de la suya su argumento descansa

en los recuerdos y en los sentimientos que le dejó su infancia de mexicano en un hogar formado por españoles emigrados a México en la época porfirista. La novela reporta con sumo realismo y honradez el cuadro de una familia de emigrantes españoles insertada en el drama mexicano.

Contada por un hijo de emigrantes, la historia recoge la voz de aquéllos españoles, pero impostada en la garganta mexicana y reproduce su acento, suavizado por el contacto con la vieja y nueva sangre, “voz y acentos mexicanizados hasta el tuétano”.² Se trata de un joven leñador vasco navarro, vigoroso y sencillo como suelen ser los de su raza y los de su oficio, que va un día a Barcelona en viaje de negocios y lleva, además, un abrazo del abuelo carlista de Vizcaya al otro viejo republicano de Cataluña. Una nieta de éste, linda y frágil rubia, “pinturera para peinarse” como buena catalana, hechiza al gigante, lo retiene en Barcelona y, tras de un corto y casto noviazgo, cambia la ruta de su vida. El vasco parte a América, a México, en busca de sitio y medios para poder fundar su hogar. Díez años es el tiempo que le pide a la novia como plazo máximo para volver por ella.

En México, el leñador desempeña rudos y mal pagados oficios, como el de trojero de una hacienda del Estado de Morelos y luego, gracias a su valentía y a su capacidad de trabajo, alcanza el puesto de capataz o de administrador. Cuando están por expirar los diez años convenidos y sin haber escrito una sola carta de aviso, se presenta en Barcelona y se casa con ella; regresa a México a preparar casa en la hacienda y un día recibe a la novia en Veracruz. En el campo de Morelos hacen por largos años una vida quieta y dulce. Lo sería totalmente si en la catalana, sensitiva, inteligente e hija de anarquistas, no empezara a producirse primero asombro, y luego dolor, por el cuadro social que México presentaba a finales del siglo XIX.

¿A ellos qué les toca?... Viven en choza de adobe rodeado de sus hijos desnudos y de sus perros hambrientos, tal y como tú dices que pasaría sin vosotros, y, además, trabajan de sol a sol. Esta cosa ruin es la obra civilizadora de Castilla, que no es menos menguada y miserable porque la bendiga el cura.³

Esta reflexión sobre la injusticia es puesta por Erro en boca de una española que bien pudo ser inventada por el novelista o bien sacada de la realidad, pero que sostiene con su esposo un diálogo totalmente factible. En opinión del autor, no cabe duda de que se trata de una novela de conflictos personales. Los críticos que analizaron la obra coinciden, por su parte, en que Erro debe haber escrito este libro a borbotones de memoria emotiva, recreada por una vivaz y vigorosa imaginación.⁴ En términos de la perspectiva analítica

empleada en la investigación, su educación temprana mal podría des-enmarcarse del ambiente familiar que la nutrió y en este sentido, dichos pasajes constituyen un excelente ejemplo del uso adecuado que puede hacerse del material de ficción dentro de una obra sociológica como esta.

Aunque no existen referencias precisas sobre el lugar y año de ingreso de Luis Enrique a la primaria elemental, se sabe que entre 1906 y 1907 cursó sus estudios de primaria superior en el Instituto Científico del Sagrado Corazón de Morelia, Michoacán, ubicado en un edificio de dos plantas nada suntuoso, al final de la calle 1ra. Nacional, frente al bello Acueducto del siglo XVIII. Ese plantel, fue fundado en 1902 por Hermanos Maristas “para educar cristianamente a la niñez y a la juventud de las clases principales de la sociedad”.⁵ La institución era famosa en la ciudad por la calidad de su enseñanza, sobre todo del idioma francés, que empezaba a impartirse en el último año de la Primaria Superior. También era reconocida por su disciplina. El escritor Alfredo Maillefert, quien también estuvo allí, describió aquellos estudios como “completos aunque severos”.⁶ Esta orden francesa fue fundada por el abate Marcelino Champagnat el 2 de febrero de 1817 para formar hermanos catequistas. Su arribo a México se debió, como en otros casos, a la demanda existente de parte de diferentes grupos de familias que no encontraban en sus localidades quienes atendieran a la educación de sus hijos.⁷

Precisamente, en el tiempo que Luis Enrique Erro estuvo en el Instituto moreliano fue discípulo de Ignacio Chávez, nacido también en 1897 en el seno de una rica familia de Zirándaro, Michoacán. En su tranquilidad de pueblo pequeño y poco comunicado, a los cuatro años, los niños iban a la escuelita del pueblo donde aprendían a leer y escribir. Esa rústica enseñanza era, en general, la única que recibían los niños de aquella apartada población; la mayoría de sus habitantes consideraban que bastaba para las necesidades del trabajo en el campo, en el comercio y en la vida social. Eran pocos los hombres ricos de Zirándaro que aspiraban a que sus hijos estudiaran en la capital del Estado, e hicieran allí una carrera liberal, se hicieran profesionistas y tuvieran en consecuencia un status social más desahogado. Uno de esos hombres fue don Ignacio Chávez Villegas, quien además de su fortuna tuvo la visión de dar a sus hijos un porvenir más pródigo y protegerlos de la estrechez social del medio en que habían nacido.

Esa era la ley en nuestra familia: todos teníamos que estudiar. Hijo que llegaba a los seis años, hijo que emigraba al colegio.⁸

Parece que desde su niñez Chávez demostró poseer cualidades intelectuales notables y en ese plantel descolló hasta llegar al primer lugar entre sus compañeros, lo que le había dado cierta fama en la escuela.⁹ También Erro era reconocido como un niño de inteligencia sorprendente, y desde entonces se reveló como un estudiante sobresaliente. Sendas dotes intelectuales parecen haber influido para que entre los dos se estableciera una afanosa competencia por los primeros lugares en las clases del Instituto. En una oportunidad las noticias locales reportaron un incidente en el que Chávez había ganado un concurso de Catecismo en pique con Erro, pero no llegó a recibir el premio:

Párvulo de ocho años, gana a sus compañeros en un concurso de Catecismo pero se le escatima el premio merecido.¹⁰

Una anécdota infantil narrada por él mismo, establece una conexión significativa entre la educación recibida en el seno familiar y en la escuela con su posterior afición a la astronomía:

Mi madre, quizás porque no disponía de dinero para comprarme un premio por mis buenas notas, tuvo una idea genial, una idea de poeta “Para recompensarte de tu aplicación -me dijo- te voy a enseñar las estrellas” Yo nunca las había visto. Era en invierno y el cielo de Morelia sin una nube. Aquella noche, cuando mi madre, en vez de acostarme después de poner en la cama a mis hermanas me llevó al patio, bajo el terrible sereno, y levanté la cabeza para ver las estrellas, yo estaba emocionadísimo. Para mí, desde entonces el firmamento, las estrellas, la luna, han quedado unidas en la idea de lo bello, de lo bueno, de lo que constituye un premio para esfuerzos realizados. No sé si éste es el origen de mi afición a la astronomía. Sé que desde entonces, las estrellas me han interesado siempre.¹¹

La experiencia de Manuel Gómez Morín, se inscribe en un patrón educativo semejante. Nació el mismo año que Erro y Chávez, 1897, en un hogar formado por Manuel Gómez Castillo, de origen español, de Santander, y Concepción Morín de Avellano, nativa de Parral, Chihuahua. Antes de cumplir un año, su padre falleció y en 1901, es decir a los cuatro años de edad, partió con su madre, primero rumbo a Parral y después a la Ciudad de Chihuahua. El comienzo de su formación primaria, transcurrió en escuelas metodistas radicadas en esas ciudades: el Colegio Progreso y el Palmore, respectivamente. Tras ese breve paso por escuelas protestantes, la decisión de su madre de migrar a León, Guanajuato, probablemente buscando un mejor lugar para sacar adelante a su pequeño hijo, lo llevó a inscribirse en el Colegio del Sagrado Corazón, donde finalmente realizó sus estudios primarios completos.¹² De allí pasó al Instituto María Inmaculada, desde luego dirigido por sacerdotes, donde cursó los primeros años de la enseñanza preparatoria.

Cuando la revolución constitucionalista llegó al Bajío, a fines de 1913, la madre decidió resguardarse en la capital del país e inscribir a Manuel en la Escuela Nacional Preparatoria, donde entabló una estrecha y duradera amistad con Luis Enrique Erro.¹³

En cuanto a Erro e Ignacio Chávez, ambos dejaron el Instituto Científico del Sagrado Corazón de Morelia en 1907, pero volvieron a encontrarse siendo adultos. Mientras tanto, Ignacio Chávez ingresó en 1908 al Colegio de San Nicolás de Hidalgo, la antigua institución fundada en el siglo XVI por don Vasco de Quiroga y cuna intelectual de don Miguel Hidalgo y Costilla.¹⁴ Erro, por su parte, se marchó a la ciudad de México y prosiguió sus estudios en el Instituto Científico de México San Francisco de Borja, dirigido por padres jesuitas. Dicho colegio funcionaba en la famosa Casa de los Mascarones, construida entre 1766 y 1771 con el propósito de ser la casa de campo de Don José Diego Hurtado de Mendoza. Posteriormente funcionó como edificio escolar de manera intermitente bajo diferentes órdenes religiosas hasta que en 1914 el Gobierno Federal tomó posesión de la Casa por orden de Don Venustiano Carranza.¹⁵

Junto con Erro ingresó Carlos Pellicer, quien había llegado a la Capital procedente de San Juan Bautista (hoy Villa Hermosa).¹⁶ De la misma edad que sus compañeros de ruta, había cursado la primaria en la Escuela Daría González. Su gusto por la poesía, que le daría sentido a su vida, lo adquirió tempranamente estimulado por su madre Deifilia Cámara, de quien aprendió las primeras letras. La familia debió radicarse en la Ciudad de México debido a que el padre, Carlos Pellicer Marchena, de profesión farmacéutico, había adquirido una botica.¹⁷ Aquí concluyó los estudios de primaria superior en la Escuela Ponciano Arriaga. Sus estudios en el Instituto Científico San Francisco Borja donde se conocieron con Erro, fueron posibles gracias al apoyo de una beca.

Otro miembro destacado de esta generación que había recibido educación católica antes de llegar a la Preparatoria fue Narciso Bassols. De la misma edad que Erro, Gómez Morin, Chávez y Pellicer vino al mundo en el pueblo de Tenango del Valle, Estado de México, en donde su padre acababa de ser nombrado juez. Por la línea materna éste descendía de los Lerdo y en su juventud había llegado a convivir muy de cerca con don Sebastián Lerdo de Tejada, quien antes de ser presidente de México de 1872 a 1876, había estudiado en el Colegio Palafoxiano de Puebla y estuvo a punto de recibirse de sacerdote antes de ir al Colegio de San Ildefonso a estudiar jurisprudencia. Por el lado paterno, el papá de Bassols descendía de un emigrado catalán, gran guitarrista,

inteligente y culto que llegó a México y aquí murió. La esposa de Narciso escribió al respecto:

Narciso me hablaba con orgullo de sus antepasados y de sus antecedentes liberales; pero se veía con claridad que reservaba para el abuelo catalán sus más vivas y entusiastas simpatías y con el que seguramente tenía más puntos de contacto. ¡Qué gran ternura había en sus palabras cuando rememoraba las conversaciones con el abuelo!¹⁸

La familia de Bassols era por tradición católica y él fue educado en esa religión desde sus primeros años, por lo que consideraron sus padres conveniente internarlo en un colegio que estuviera de acuerdo con sus ideas religiosas y al mismo tiempo lo instruyera para hacer la carrera de abogado a la que desde pequeño parecía inclinarse. De su madre decía:

Tiene un gran carácter, una inteligencia natural y ella fue la que me trajo a estudiar al colegio de San José, en 1907, cuando mi padre era juez en Chalco.¹⁹

La educación de Lombardo Toledano durante su infancia y juventud no difiere mucho de la de sus condiscípulos, aún cuando era tres años mayor y no recibió instrucción religiosa durante la primaria. Nació a mediados de 1894 en un pueblo llamado Teziutlán, enclavado en una región del estado de Puebla densamente poblada por varios grupos indígenas que hablan sus propias lenguas: el otomí en el norte, el totonaca, el olmeca-mexicano y el náhuatl. Su abuelo paterno, Vincenzo Lombardo Catti, era un piemontés que llegó a México en la segunda mitad del siglo pasado, junto con otros jóvenes del norte de Italia con un contrato para enseñar en México pequeñas industrias agrícolas. Este se casó con una mestiza de raza totonaca, oriunda del estado de Hidalgo, y allí vivieron hasta que el abuelo consideró que era necesario llevar a la familia a un lugar donde pudiera educar mejor a sus hijos. Así llegaron a Teziutlán.²⁰ De tal suerte que el propio Lombardo Toledano consideraba ser desde el punto de vista racial o biológico, una mezcla de raíces italianas, españolas e indígenas.²¹

Su educación comenzó con una tía de su madre que aplicaba el *Silabario de San Miguel*, el instrumento tradicional que se usaba en la época para enseñar las primeras letras a los niños. Aún en brazos, el arrullo maternal transportaba a los pequeños a un universo de letras, palabras y letanías, tal como lo ilustra la siguiente estrofa rescatada por Vicente Mendoza de la lírica infantil de México de aquellos años.²²

Christus A.B.C.
Jesús, Jesús y cruz
Y lo que sigue es A.
Amor con A se escribe,
Sin él, ¡quien vivirá!
Be-a-bá, venme a suplicar;
Be-e-bé, yo no quiero a usted;
Be-i-bí, dime por Dios que sí;
Be-o-bó, no me digas que no;
Be-u-bú, el amor eres tú.
Supe el abecedario,
Comencé a deletrear
Y a mi amor lo divierto
Cantando el ve-a-ene: *van*.

En una recreación literaria de corte autobiográfico el escritor Juan de la Cabada señalaba que su madre lo sentaba en un rincón de la cocina para que “hiciera la lección”, mientras ella realizaba los quehaceres domésticos. Todo eran palabras, cuentas y doctrina cristiana.²³ A su vez, el escritor jalisciense Victoriano Salado Álvarez recordaba que su madre, quien sólo conocía “libros de devoción”, le enseñó letras y sílabas sencillas y minúsculas en el *Silabario de San Miguel*, hasta que aprendió el arte de “juntar letras”, esto es, a formar sílabas y palabras.²⁴

Si el menor había nacido en buena cuna, era usual que lo enviaran de mano de su nana a la sección de párvulos de algún prestigioso colegio del centro de la ciudad. Allí el pequeñuelo sería instruido por medio de cantos, juegos y “ejercicios militares” en los rudimentos de la moral, la religión y la lectura. Las sesiones iniciaban con la oración a coro del Padre Nuestro y el Ave María. Cuando los pequeños memorizaban las oraciones católicas elementales, aprendían a contar hasta cien, y si sabían reconocer las palabras escritas, podían presentar los exámenes que darían fin a los estudios rudimentarios. Al cumplir los seis años, ese era el momento propicio para que los niños recibieran su instrucción formal en una escuela elemental, fuera esta oficial, parroquial o particular.²⁵

A esa edad fue cuando Lombardo Toledano ingresó al Liceo Teziuteco; colegio fundado por Antonio Audirac, un profesor de origen francés y discípulo del educador suizo Enrique Rébsamen. Una vez concluidos los estudios elementales su padre lo envió al Internado Nacional de la ciudad de México, que era la institución educativa donde solían ir los estudiantes que provenían de los estados de la república. Eso fue en 1909, dos años antes de que éste se cerrara. Así fue como Lombardo llegó al Instituto Científico

Francisco Borja, donde coincidió con Erro, Pellicer y Alfonso Caso, que había seguido idéntica trayectoria debido al cierre del Internado Nacional.²⁶

El caso de Jorge Prieto Laurens se asemeja al de Lombardo Toledano, ya que era de los mayores del grupo; aunque su educación sí estuvo marcada por la instrucción religiosa desde la infancia, pues hizo todos sus estudios elementales en escuelas particulares católicas de San Luis Potosí. Allí nació en 1895, fruto del matrimonio formado por Antonio Prieto Trillo de Zacatecas y Emma Laurens, de México. Entre sus ancestros figura el abuelo materno de nombre Guillaume Laurens, originario de Bordeau, Francia. Jorge emigró junto con su familia a la Ciudad de México a principios de 1909 y entonces ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria, en la que estuvo hasta 1913.²⁷

Manuel Sandoval Vallarta, en cambio, representa a los miembros más jóvenes de esta generación. Nació en la Ciudad de México, el 11 de febrero de 1899, en una familia de inconfundible prosapia mexicana. Su padre, Pedro Sandoval, había sido director de la Lotería Nacional y su madre, hija de Ignacio Vallarta, encumbrado ministro Juarista, decidieron que su educación elemental contara con un fuerte componente religioso, inscribiéndolo en una escuela administrada por Hermanos Maristas en la Colonia Santa María la Rivera. Entre 1912 y 1916 estuvo en la Escuela Nacional Preparatoria, donde conoció a Luis Enrique Erro y a sus amigos. Sin embargo, la relación entre ellos se distendió debido a que su padre decidió enviarlo fuera del país a continuar sus estudios. La intención era que fuera a la Universidad de Cambridge, Inglaterra, pero acabó en Cambridge, Massachusetts, debido a que la Primera Guerra Mundial estaba en plena actividad.²⁸ La relación entre ellos se reanudó mucho tiempo después, cuando todos ellos habían dado sentido a su carrera.

Otro de los condiscípulos que también provenía de un medio social elevado fue Luis Garrido, nacido a principios de 1898 en una vieja casa de tres pisos propiedad de sus abuelos. Su abuela materna, de nombre Eulalia, era hija del profesor Pedro Dalcour radicado en México al término de la Intervención y en cuya escuela se educaron muchos próceres del porfirismo. Su abuelo, Delfino Díaz, era *de recia estirpe mexicana*. No obstante el ambiente familiar era sumamente afrancesado. La abuela preparaba en el gran aniversario de Francia magnífica comida. El padre, Domingo Garrido, los despertaba en ese día con los acordes de La Marsellesa, pues no podía negar su formación espiritual europea. En las veladas hogareñas leía en voz alta las obras de Lamartine,

Chateaubriand, Víctor Hugo y sobre todo las biografías del Gran Corso. Recitaba de memoria los pasajes de la historia de Francia por Michele, y particularmente los deleitaba con la descripción de las grandes jornadas de 1792. Desde pequeño, Luis Garrido supo de las hazañas del tribuno Danton; de los amores de Camilo Desmoulins; del asesinato de Marat en su tina de baño mientras escribía; de la política tortuosa de Robespierre y de las gestas heroicas del ejército del pueblo en las llanuras de Valmy.

En esa época la fiesta de Francia se celebraba en México como propia. El tono de nuestra literatura seguía los modelos franceses con Gutiérrez Nájera y algunos poetas de la Revista Moderna. Las mujeres elegantes vestían según la moda de París y las esencias de cualquier tocador nos recordaban las rosas de Lutecia. Los muebles y decoraciones respondían al gusto galo. La oficialidad de nuestro ejército estaba instruida por jefes que habían estado en Saint-Cyr. En la vieja Preparatoria y en las Facultades de Medicina y de Jurisprudencia los textos eran los de las universidades francesas.

La primera escuela a la que ingresó Garrido fue el Colegio Fournier, que estaba en la calle de Mesones cerca de Isabel la Católica, en la que fue inscrito como alumno medio interno. No obstante, su madre, de nombre Carolina, oriunda de Cuernavaca, procedía de una familia de la clase media y era sumamente devota, por lo que, mostró un positivo interés en su educación religiosa. Las dos hermanas de su padre, solteras, Soledad y María, que tenían una miscelánea en el antiguo callejón de la Misericordia, cuidaron de su educación religiosa y la de un primo suyo que vivía con ellas: Humberto Raggi. Los dos sobrinos fueron encomendados al padre Quintas, sacerdote español de la iglesia de la Concepción, que los preparó concienzuda y devotamente para la primera comunión, la cual se celebró en una capilla conventual de Santiago Tlatelolco. Sus recuerdos evocan el sacramento de la Eucaristía, los cantos de las monjas, el altar profusamente iluminado, la melodía dulcísima de los violines y las palabras del sacerdote, afectuoso y encendido de amor por Cristo.

Consideraba que ese día era el más feliz de mi existencia, pues había sentido la grandeza de Dios, acercándome a su propio corazón. Había sido protagonista de la fiesta espiritual mayor en mi recorrido sobre la tierra en esa época en que todavía no se experimentan las angustias de la vida y sólo se sabe de las alegrías trémulas de la niñez.²⁹

Conclusión

La característica sustancial de la pedagogía empleada por los colegios católicos, fuesen maristas o jesuitas, era su intención deliberada de proporcionar una formación cristiana a sus educandos. Aún cuando también contaban con escuelas gratuitas, su clientela se nutrió de los sectores medios y altos de la sociedad, que independientemente del interés de formar a sus hijos con los valores religiosos, podían pagar una colegiatura que los distinguía del resto de la población sin otra alternativa que la educación pública. Es cierto que la demanda educativa de una élite católica hizo posible que estos institutos de enseñanza religiosa llegaran a México durante el Porfiriato. Pero a ello también contribuyó una postura laxa de Porfirio Díaz, que vio en la educación religiosa, predominantemente francesa, un motivo para vincularse con la cultura en boga y acceder a sus deseos expresos de mantener una relación estrecha con Europa. Complacencia que lo llevó a alentar a los religiosos a que fundaran más y más escuelas; mientras más mejor. ¡La nación las necesita!³⁰ Hablar de la educación católica durante el Porfiriato es hablar, pues, de las escuelas que modelaron por años al sector más tradicional de la sociedad mexicana, interesado en transmitir una ideología religiosa con características europeizantes.

En una de las cartas dirigidas a Manuel Gómez Morín, Luis Enrique Erro dejó un testimonio vívido de la fuerza que había cobrado entre los jóvenes de aquella generación, la matriz religiosa cincelada por obra de la educación familiar y escolar recibida:

La idea religiosa que en el hogar nos inculcan, viene a ser la piedra angular de nuestras almas. Encima de ella lo edificamos todo y a las dimensiones de esta base, circunscribimos nuestra edificación, despreciando cuando no cabe dentro de ella. Pero, en tesis general, ella misma no está bien cimentada. No bastan a sostenerla inmóvil, ni nuestra religiosidad innata, ni nuestros esfuerzos propios. Desde temprano nos resulta inaceptable y es el gran momento porque entonces todo se desploma. Y observa también este fenómeno: la idea religiosa repercute incesantemente en nuestra caja craneana y derriba lo que apenas empezaba quizá a levantarse.³¹

Notas

1. Con Erro, el Mago de Tonantzintla, entrevista de Víctor Alba, Revista Hoy, 4 de agosto de 1951.

2. Alba, Víctor, Con Luis Enrique Erro, El mago de Tonantzintla, Revista Hoy, 4 de agosto 1951.

3. *Ibíd*em

4. Los pies descalzos: Gran novela México-Española, Cuadernos Americanos, núm., 3 Mayo-junio de 1962, Vol. LXIII

5. A partir de 1908, esa escuela pasó a manos de los hermanos lasallistas, quienes llegaron a Veracruz a principios de siglo. De allí se dirigieron a Puebla y sus colegios se diseminaron rápidamente en toda la república. En 1911, los Lasallistas se encargaban ya de 13 escuelas gratuitas y 3240 alumnos en el país.

6. Raúl Arreola Cortes, Infancia y juventud de Ignacio Chávez, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Mich., 1997, p. 58-59.

7. Las peticiones fueron encabezadas en 1881 por la familia De Regil, quien requería de los Hermanos Maristas para las escuelas de Yucatán. No obstante ciertas reticencias por parte de los superiores para enviar a sus hermanos a un país donde las leyes liberales los rechazaban, las constantes súplicas de particulares y de los obispos de las distintas diócesis lograron convencerlos. México fue la última nación de América a la que llegaron los Maristas.

8. Manuel Martínez Báez, Ignacio Chávez, en Ignacio Chávez, de Enrique Arreguín Vélez, Morelia, 1980. p. 54.

9. Un compañero suyo, aunque no de su grupo, le recordó con claridad, muchos años después: "...Parecía el más pequeño de todos...llegaba a San Nicolás precedido de una pequeña fama, adquirida justamente en el plantel donde había terminado su instrucción primaria, en el que descolló hasta llegar al primer lugar entre sus compañeros..." p. 59

Ignacio Chávez. Luis Méndez y Carlos Vejas Facure. México, 1977. p. 17, en: Raúl Arreola Cortés, Infancia y

10. Juventud de Ignacio Chavez, Morelia 1997, p. 58

11. Con Erro, el Mago de Tonantzintla, Revista Hoy, 4 de agosto de 1951

12. Esta familia evangélica llegó a la capital chihuahuense en 1885, en la persona de los misioneros norteamericanos Dr. Samuel G. Kilgore y Rev. Alejandro H. Sutherland, pertenecientes a la Iglesia Metodista Episcopal del Sur, del obispo John C. Keener. Estos metodistas se establecieron en la ciudad de Chihuahua en la calle 2ª con una escuela diaria (que después se llamó "Palmore" en honor de un patrocinador importante), que inició clases en 1890. En ese mismo lugar abrieron al culto su primer templo llamado "Betel" en 1888 (primer templo protestante en el estado). Debido a que por la Constitución política de 1917 el templo Betel no podía quedar en las instalaciones del Colegio Palmore, fue demolido y se adquirió la esquina de Rosales y 25ª para una eventual reubicación. En 1886 llegó a la ciudad de Chihuahua Ignacio Escalante, otro predicador metodista, pero lengua castellana. También para 1885 R.V. Palomares hacía ya labor misionera en Paso del Norte, que poco después se llamaría Ciudad Juárez. En 1919, de acuerdo con el plan llamado de Cincinnati (1917) los congregacionales se replegaron a la costa del Pacífico mexicano y entregaron su obra en Chihuahua a los metodistas. De esa manera los metodistas recibieron de ellos el templo de la Trinidad, que habían inaugurado en 1890 y el Colegio Chihuahuense, que recibió el nombre de Centro Cristiano. En Parral recibieron el Colegio Progreso y los templos del lugar, así como los de Matamoros, Zaragoza, San Buenaventura y Guerrero

13. Enrique Krauze, Caudillos Culturales de la Revolución, p., 41

14. Raúl Arreola Cortes, Infancia y juventud de Ignacio Chávez, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Mich., 1997, p., 89

15. En 1925, la SEP donó la Casa de los Mascarones a la UNAM.

16. Durante la Colonia era común denominar los lugares de la Nueva España con

referencias al santoral católico. pero a partir de la Reforma de mediados del siglo XIX, éste, como muchos otros sitios fueron renombrados. Por otra parte, esta capital era reconocida como lugar de creyentes..

17. Gabriel Zaid, Los años de aprendizaje de Carlos Pellicer, Letras Libres, julio 2000. Ambos nacieron el mismo año y mes con cuatro días de diferencia. Sin embargo, en la Hoja de datos para el escalafón del cuerpo diplomático de la SER, aparece 1899 como año de nacimiento de Carlos Pellicer.

18. Clementina Bassols, Narciso Bassols en Memoria, 1969, p.2)

19. Ibidem, pág., 2 Clementina Bassols, Narciso Bassols en Memoria, 1969, p.2)

20. Su padre, Vicente Lombardo Carpio, se casó con una joven del pueblo, Isabel Toledano, probablemente de antecedentes sefarditas. Entre los documentos familiares encontrados por Lombardo Toledano, aparece un sacerdote con su mismo apellido que, siendo muy joven, solicitó al obispo de Puebla que se abriera a oposición la cátedra de teología para presentar examen y optar por ella.

21. Lombardo Toledano, 2004: 38; Mendoza, Vicente, Lírica Infantil de México. México: Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 71; De la Cabada, Juan 1984 María La Voz. México: Fondo de Cultura Económica. El Silabario de San Miguel estaba ilustrado con la estampa de este arcángel, sosteniendo en una mano una espada en llamas y aplastando con el pie a un colérico demonio, seguida de una leyenda: "La soberbia desechad, niños en toda ocasión. Que al humilde Dios le ayuda, y le da su bendición. Salado, Victoriano 1985 Memorias: tiempo viejo - tiempo nuevo. México: Editorial Porrúa.

22. Su padre, Vicente Lombardo Carpio, se casó con una joven del pueblo, Isabel Toledano, probablemente de antecedentes sefarditas. Entre los documentos familiares encontrados por Lombardo Toledano, aparece un sacerdote con su mismo apellido

que, siendo muy joven, solicitó al obispo de Puebla que se abriera a oposición la cátedra de teología para presentar examen y optar por ella. Véase: Vicente Lombardo Toledano, Escritos autobiográficos, México, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano, 2004

23. Juan De la Cabada, María La Voz y otras historias, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

24. El Silabario de San Miguel estaba ilustrado con la estampa de este arcángel, sosteniendo en una mano una espada en llamas y aplastando con el pie a un colérico demonio, seguida de una leyenda: "La soberbia desechad, niños en toda ocasión. Que al humilde Dios le ayuda, y le da su bendición." En Victoriano Salado, Memorias: tiempo viejo - tiempo nuevo. México, Porrúa, 1985.

25. López Portillo y Rojas, José, Los precursores. Tomo I., 1976, Ayuntamiento de Guadalupe.

Según Lombardo Toledano, en el Internado Nacional había sólo dos años para el estudio de la preparatoria. A partir del tercero había que pasar al edificio de la calle de San Ildefonso, en donde estaba la Escuela Nacional Preparatoria; en aquel tiempo tenía un plan de estudios de cinco años, iguales para todos los que después optarían por alguna carrera o profesión. (Lombardo Toledano, 2004: 39)

26. Enrique Krauze, *op. cit.*, p. 61

27. Jorge Prieto Laurens, Cincuenta años de política mexicana. Memorias políticas, Editora Mexicana de Periódicos, libros y revistas S. A., México, 1968, p.p 9

28. Manuel Sandoval Vallarta. Homenaje. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México, 1987.

29. Luis Garrido, El tiempo de mi vida. Memorias, México, Porrúa, 1974, p.12.

30. Los Hermanos maristas en México. Primera etapa: Los pioneros (1899-1914) México, Progreso 1977, p.99.

31. Carta a Manuel Gómez Morín, Saltillo, 1917, Archivo Manuel Gómez Morín, sub-sección correspondencia particular, expediente Luis Enrique Erro v574 e 1829.